

Estampas sentimentales en el Real Jardín Botánico de Madrid (y II)

Francisco Javier Barbado Hernández

Ex jefe Sección Medicina Interna

Hospital Universitario La Paz

Ex profesor Asociado de Medicina de la UAM

INSTANTÁNEAS

El escritor José María Salaverría en su libro *Instantes* (1927) nos enseña a saber «olfatear las esencias en cada instante».

Veamos algunas vivencias en los paseos por el Real Jardín Botánico (RJB) de Madrid.

1. El membrillero (*Cydonia oblonga*)

En la Huerta y frutales cultivados de la primera terraza del RJB, un hermoso membrillero ha sido víctima de la tormenta de nieve Filomena.

Este árbol frutal siempre me evoca los dibujos a lápiz sobre papel y el cuadro *Membrillero* de Antonio López, un óleo sobre lienzo de 105 por 119 cm del año 1992, y la melancólica película «El sol del membrillo».

Los membrillos cuando maduran a finales de septiembre tienen un color amarillo inefable, son olorosos y de sabor áspero.



El membrillero (*Cydonia oblonga*).

2. Los cerezos

También en el mismo recinto del RJB están plantados tres cerezos (*Prunus avium*). La visión de las ramas desnudas en invierno contrastan con la intensa floración y los frutos rojos de primavera.

En Japón los cerezos inspiran pensamientos líricos: «un gran cerezo de la montaña que brilla de color rojo claro iluminado por la luz del sol» (Mochizuk Wafu), «si alguien me pregunta qué es el espíritu de Japón contestaré que es una flor del cerezo de la montaña que resplandece al sol naciente» (Ishige Keido).

3. El mirto

En el paseo de Mutis se observan mirtos que flanquean el tramo de escalera de la glorieta de Linneo.

El mirto o arrayán (*Myrtus communis*), familia del eucalipto o Mirtáceas, es un arbusto de hasta 5 m de altura, erecto, muy ramoso y oloroso.



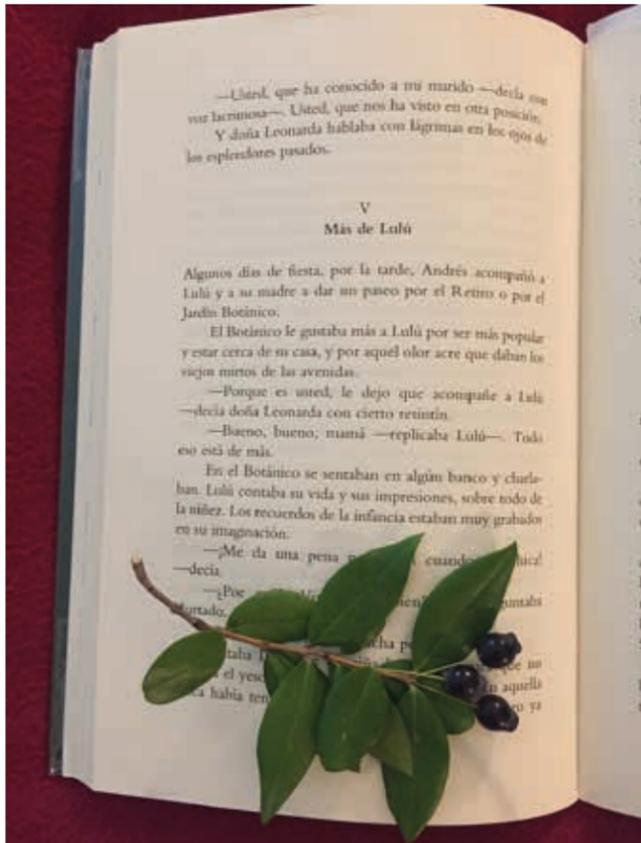
Antonio López, *Membrillero*, óleo sobre lienzo, 1992. Fundación Focus Abengoa, Sevilla.



Cerezo en primavera.



Mirto o arrayán.



El árbol de la Ciencia, Pío Baroja (1911).



La retama.

Cuando me siento cerca de estos mirtos surge la remembranza de la novela El Árbol de la ciencia de Pío Baroja. En esta novela, Lulú, su madre y Andrés Hurtado el médico protagonista, se reunían alrededor de los mirtos: «El Botánico le gustaba más a Lulú por ser más popular y estar cerca de su casa y por aquel olor acre que daban los viejos mirtos de las avenidas».

Baroja en sus Páginas escogidas (1928) escribe: «El Árbol de la ciencia es entre las novelas de carácter filosófico la mejor que yo he escrito. Probablemente es el libro más acabado y completo de todos los míos».

4. La retama

La humilde retama evoca al melancólico poeta Giacomo Leopardi (1798-1837) en su poema La retama o la flor del desierto, escrito en la primavera de 1836: «Aquí en el yermo lomo/ del formidable monte/ asolador Vesubio/ que ninguna otra flor ni árbol alegra/ tu verdor solitario en torno esparces/ olorosa retama/ contenta del desierto...».

5. El granado

El granado (*Punica granatum*, familia ulmáceas) fue introducido en la Península Ibérica por los árabes y se cultivó sobre todo en el reino nazarí de Granada, que le debe su nombre. Es un árbol frutal caducifolio, de pequeño porte, de flores grandes y vistosas, con sépalos de intenso color rojizo.

Ian Gibson en su libro Aventuras ibéricas (2017) escribe: «Hoy, en Madrid, cuando sufro un ataque de nostalgia alhambrena me voy al Jardín Botánico y saludo allí al viejo granado que hay cerca de la entrada y con el cual me ido familiarizando hasta el punto de considerarme casi amigo».

En el Museo del Prado en el cuadro La Virgen de la Granada (h. 1426) de Fra Angélico, el Niño Jesús coge con fruición las semillas de una granada, símbolo cristiano de la esperanza en la inmortalidad y la resurrección.

6. El alcanforero

Al lado de la entrada principal un alcanforero (*Cinnamomum camphora*, de la familia del laurel o Lauráceas) murió víctima de la tormenta de nieve Filomena en enero de 2021.

Sus hojas se usan para la extracción del alcanfor, un alcohol que se creyó una panacea durante los siglos XIX y parte del XX. Veamos algunos ejemplos sin ira y con humildad.



Granado (*Punica granatum*).

incluye el alcanfor en el listado de tónicos cardíacos y estimulantes cardio-respiratorios.

7. La higuera

En la Terraza del Plano de la Flor, cerca del palacio de Villanueva nos sorprende una vieja higuera, habitante del sur de Europa y el sudoeste de Asia.

Esta higuera (*ficus carica*) de corteza lisa, de color gris cenicienta, de ramas lisa y laberínticas, desnuda en invierno y de hojas grandes, ásperas y de color verde oscuro en primavera, me lleva a la maldición de la higuera y la higuera seca de los Evangelios de san Mateo y san Marcos, en la versión de Nácar y Colunga Cueto (1955).

Pienso en la escena de san Mateo (Mt.21.18-19): «Volviendo a la ciudad muy de mañana sintió hambre, y viendo una higuera cerca del camino, se fue a ella, pero no halló en ella más que hojas, y dijo: Que jamás nazca fruto de ti. Y la higuera se secó al instante. Viendo esto los discípulos se maravillaron y dijeron: ¿Cómo de repente se ha secado la higuera? Respondióles Jesús: y les dijo: En verdad os digo que, si tuviereis fe no dudareis, no solo haréis lo de la higuera, si no que si dijereis a este monte: «Quítate y échate en el mar», se haría y todo cuanto con fe pidieréis en la oración lo recibiréis».

Ay, también surge en mi mente el sicómoro de Zaqueo (Lc 19, 1-10). Un rico recaudador de impuestos, de pequeña estatura, se subió a una higuera para ver el rostro de Jesús. Y sucedió en Jericó, foco original de la revolución neolítica hacia el año 6000 antes de nuestra era (Pericot, Castillo, Vicens, Polis Historia Universal, 1975).

En la Anunciación (1425-26) de Fra Angélico detrás de Adán y Eva vemos una higuera a la que solo le falta según Eduardo Barba (El Jardín el Prado, 2022) el olor tan característico.

La estampa de la higuera tiene para mí una gran connotación sentimental. Mis tías de Valladolid en la infancia me inculcaron un asombroso relato: ¡los niños nacen de las higueras! y según ellas mi hermano pequeño había nacido en una higuera. Todavía cada vez que visito la higuera del RJB miro por si acaso esconde algún niño.

En la lectura de libros de lance de la Cuesta de Moyano encuentro que quizás todo esto sea la huella de un atavismo: «los indios de Bolivia cuentan que sus primeros padres salieron de una hendidura abierta en un árbol» (Ricardo Kreglinger, La evolución religiosa de la humanidad, 1927).



Higuera (*ficus carica*) en otoño.